



EL VUELO DEL HALCÓN  
**PANNOTIA**

Isabel González Yagüe

# **El vuelo del Halcón**

## **Pannotia**

**Isabel González Yagüe**

Primera edición: marzo de 2024

© Copyright de la obra: Isabel González Yagüe

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-128153-6-8

Código ISBN digital: 978-84-128153-7-5

Depósito legal: B 4117-2024

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Ilustración de portada: Hugo García

Foto contraportada: Belle Yagüe

©Grupo Editorial Angels Fortune

[www.angelsfortunedititions.com](http://www.angelsfortunedititions.com) [info@angelsfortune.com](mailto:info@angelsfortune.com)

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*Para Óscar, Dani y Mario.  
Y para Choco,  
porque sin ti no habríamos creado  
esta mágica familia.  
Siempre seremos cinco.*

*Mi querido Choco:*

*Escribí «El vuelo del halcón. Rodinia» contigo a mi lado.*

*Y junto a ti, comencé a crear Pannotia.*

*Ojalá el tiempo nos hubiera concedido escribir juntos una saga interminable.*

*Te quiero y te querré siempre, mi perrito bueno.*

*Volveremos a estar juntos.*

# Nota de la autora

A ti que tienes este libro entre tus manos:

Si esta es la primera de mis novelas que vas a leer, te aconsejo que la cierres, y que leas antes «El vuelo del halcón. Rodinia», porque solo así lograrás apreciar la magia que encierra Pannotia.

# Prólogo

Llevaba varios días caminando, escondiéndose entre los troncos de los árboles y los arbustos que no respondían a sus palabras. Sentía que el cerco en torno a ella se estaba estrechando cada vez más.

«¿Dónde os habéis metido todos?», dijo dando una vuelta sobre sí misma.

Cuando la piedra que colgaba de su cuello empezó a desprender calor, se le aceleró el pulso. Sintió el cosquilleo de la pluma que prendía tras su oreja. Clidna miró de reojo a aquel ser que le acariciaba con su aliento. Vio el pico curvo, el plumaje pardo y las garras del halcón que se apoyaba en su hombro.

—No te asustes, Chispita, que sigo vivo.

# Capítulo 1

## *Un nuevo mundo Nueva Pannotia, Año 0*

No había desaparecido, ni siquiera había estado dormida. En el origen de los tiempos, la esencia de la magia ya recorría el planeta, y es que ¿cómo podría explicarse el origen de cualquier vida, sino con magia?

Sin embargo, solo hacía unas semanas los habitantes de Rodinia habían conocido la existencia de algo que iba más allá de su lógica. El grupo de rebeldes, formado por mujeres, hombres y tótems, había descubierto que más allá del valle se expandía un extenso mundo natural, reducto de las antiguas Tierras de Antaño. Asimismo, habían mostrado a todo Rodinia que la Casta les había ocultado que el planeta era algo más que escombros y cenizas grises. Había esperanza. Mas, por aquel entonces, los rebeldes desconocían todas las calamidades que aún estaban por sufrir, y que les demostrarían que la magia, esa arma poderosa capaz de devolver la preciada esperanza a un planeta entero, también podía reducirlo a cenizas.

Tras la rebelión encabezada por Félix y Chispita, miles de descastados y parias, los olvidados por el sistema, se alzaron contra los agentes de la autoridad, esta vez sin miedo a las

represalias. La Gran Depresión seguía siendo la misma enfermedad terrible que les doblegaba en la tristeza más absoluta a aquellos desprovistos de linaje, pero ahora estos estaban envenenados de odio, por tantos años de mentiras y penurias.

Ante la estrepitosa derrota en la batalla, las clases dirigentes habían tendido la mano de manera pública, a través de los medios de comunicación controlados por ellos mismos, para entablar conversaciones y acercar posturas con los rebeldes. Habían prometido hacer llegar de forma segura a su líder, Cliodna, las indicaciones exactas para alcanzar el Paraninfo, el edificio secreto donde se encontraban los más altos gobernadores y donde se discutían, según los de alta alcurnia, las cuestiones más importantes de Rodinia. Allí establecerían el orden del nuevo mundo por levantar juntos, que, como muestra de su buena voluntad, lo renombraron Nueva Pannotia, pues la reciente alianza merecía un cambio de nombre que manifestara la paz entre las clases.

Sin embargo, la batalla había dejado entre los rebeldes un sentimiento muy lejano al de la euforia. Mucho menos un sentimiento de paz. En el camino había perecido la iniciadora de la rebelión, la querida por todos, doctora Khalim, y la victoria solo se había alcanzado después del sacrificio de Félix. El recuerdo de la imagen del halcón en llamas se había convertido en la rabia necesaria para continuar con su lucha, pero también en un dolor que les quemaría el corazón para siempre.

Alfonso y Cliodna —la joven animaga en la que se transformó Belle, tras recuperar su esencia en un colgante de piedra, o Chispita, como Félix la llamaba— avanzaban en silencio. Estaban bordeando una imponente montaña, que días antes habían atisbado en el horizonte de las Tierras de Papavaraceae. Esas tierras, que resultaron ser el valle verde con amapolas rojas con el que soñaba Félix, habían sido testigo un mes atrás de la batalla entre los revolucionarios y la Casta.

El camino era estrecho. A su izquierda, la montaña imponía y desafiaba con sus aristas cortantes, desprovistas de vegetación. Al lado derecho, una caída de más de dos mil metros los retaba a cada paso. Con sumo cuidado, los rebeldes iban avanzando en su forma no humana, pues Cliodna aún no dominaba el poder que albergaba su esencia de animaga, y no había podido revertir sus tótems. De este modo, el grupo iba encabezado por la lagartija Doménico, en lomos del leopardo Chui, que caminaba junto a la chimpancé Mina. El elefante Sopapos, que había cargado en su espalda con utensilios, armas y provisiones recuperadas de la batalla, caminaba detrás a paso lento, y a veces tropezaba, dado que el ancho de su cuerpo casi superaba al de la senda. Volando a pocos centímetros delante de él, el cuervo Kange indicaba al gigante bonachón algún peligro que le pudiera hacer trastabillar. Les seguía la gacela Ceren. Iba dando saltos agraciados, sumida en los sonidos que emitía la roca que bordeaban y tratando de

adivinar el motivo de su quejido, que a veces le sonaba a alarma. Varios metros tras ella, Alfonso escoltaba a Clidna, que arrastraba sus pies con tedio. Como había prometido a Félix, y como él deseaba, el lobo protegía y cuidaba a su Chispita a cada instante. Una Chispita rota, una joven animaga que había manifestado en numerosas ocasiones que ya no tenía ni el poder ni el ánimo para continuar.

—¡Alerta, sobre nuestras cabezas! —gritó Doménico.

En el recuerdo de todos apareció el maldito dron que la Casta dirigió hacia la animaga y que finalmente acabó con la vida de Félix. Pero no era un dron lo que se había posado a medio metro sobre la cabeza de la chica. Era Karasu, la cuerva que habían conocido en Ternóbilis y que se había convertido en la compañera de Kange. Mientras el resto del grupo había seguido su camino, Karasu se había quedado en el valle, buscando un sistema de navegación que había dejado a propósito la Casta al huir de la batalla. En él, los dirigentes castizos introdujeron en remoto las coordenadas del Paraninfo, para que los rebeldes llegaran hasta él. La Casta había cumplido con su promesa de indicarles el camino hasta su edificio central. Ahora quedaba por ver las verdaderas intenciones que allí los esperaban. Karasu abrió su pico, y el navegador cayó en la mano de Clidna. La animaga se lo tendió a Alfonso sin interés. El lobo se arrimó a la pared y todos se agolparon junto a él, excepto Clidna, que en el borde del acantilado oteaba el cielo con los ojos nublados de lágrimas.

Doménico, bajando de la espalda de Chui, se apresuró a acercarse al lobo y a retirar el aparato de sus dientes.

—Cuidado, estimado camarada. Podrías dañarlo con tus excelsos caninos. Permite que lo observe —dijo dando con sus manitas en los botones del aparato, sentado sobre la cabeza de Alfonso—. Hum, se trata de un artilugio muy básico, con un sistema de posicionamiento global. Un GPS. Esto nos llevará hasta ellos, pero también nos tendrán localizados en cada momento. Tenemos que sopesar la conveniencia de uso o, por el contrario, anotar las coordenadas y utilizar herramientas más rudimentarias.

Clidna miraba al lobo. Pensaba en él como el chico de ojos enormes que había sido un hijo para ella y para Félix en los últimos meses. Los había protegido, y los había devuelto el sentido a sus existencias, ese que habían perdido desde que muriera su hijo Babar por aquella terrible variante de la GD, cuando solo tenía dos años. La vida de Clidna no había sido fácil. Su padre desapareció cuando ella solo era una niña, porque la propia madre de Belle lo había delatado a la Casta, por ser un miembro de los rebeldes. El fallecimiento de su madre antes de que Clidna alcanzara la mayoría de edad, que la condenaba a ser una dócil, una esclava del Sistema, y de lo que consiguió librarse al tomar la identidad de su amiga mayor, Nanna, tras su muerte y la del hijo de esta en un atentado. El tiempo que vivió escondiendo a Babar, a quien encontró en un contenedor de basura, donde le había dejado su familia biológica como ofrenda a la Casta, a

cambio de algunos beneficios, y por los que el niño habría vivido toda su vida como un dócil, si Clidna y Félix no lo hubieran adoptado clandestinamente. La muerte devastadora del niño. La terrible variante de la enfermedad que sufrió Félix. El asesinato de Mónica Khalim, la única doctora que se había preocupado por ellos. El adiós de Félix. Porque ella pensaba en aquel entonces que la muerte de Félix era un adiós definitivo. Muerto. Muerte. Enfermedad. Traición. La traición que iba a estar a punto de cometer y que la perseguiría allá donde fuera. Miraba a Alfonso, y al resto de los tótems, que se habían convertido en su propia familia, pero los terribles recuerdos rodeaban su corazón como dedos envenenados y no la dejaban respirar. Clidna lloraba exhausta por tantos sufrimientos. El corazón le latía enloquecido. La magia que portaba en su piedra se diluía y le dejaba a su marcha un terrible dolor en el pecho. «Lo siento. No puedo más. No puedo más. Lo siento. No puedo más», se repetía a sí misma, y deseaba decírselo a sus compañeros, pero era incapaz de materializarlos con palabras.

Ceren cerró sus grandes ojos de gacela. Le había cegado el estallido de luz verde, que se desprendió de la piedra que colgaba del cuello de Clidna. La advertencia de la montaña se hizo ensordecedora en aquel momento, pero nada pudo hacer Ceren. Tampoco Alfonso. Ninguno de ellos pudo impedirlo, porque todo pasó demasiado rápido. El lobo saltó para tratar de agarrar a Clidna tirando de su vestido. Un pedazo de ropa de pelo animal

en las fauces del cánido fue lo único que quedó de ella. Belle, Chispita, Cliodna, había aprovechado el descuido de sus amigos para tirarse por el acantilado. Si no estaba Félix —si no estaba su halcón—, decidió, la lucha para ella había llegado a su fin. Y la montaña bramó. Bramó por la pérdida de la animaga, pero sobre todo porque conocía la penitencia que la chica arrastraría por la traición que acababa de cometer: Cliodna iba a perder, una vez más, a los seres que más amaba.

# PASAJE 1

## *El reencuentro Mundo de Antaño*

Alcé mis brazos con los dedos en garra. No podía ver más que la luz dorada saliendo de mi colgante de piedra. El destello lo inundaba todo. De mi boca se escapó un bramido, que sonó como una avalancha de rocas. Lloraba y reía al mismo tiempo. Mi cuerpo se sacudía y mis rodillas se doblaron, haciéndome caer sobre ellas al suelo. Tras las lágrimas, el color oro luminoso fue desapareciendo y, cuando la claridad se hizo en el cielo, pude ver a mi halcón volando en lo alto.

—Félix, ¿eres tú? —alcé mi voz, mientras me tapaba con el antebrazo los ojos que se estaban viendo cegados por el sol—. ¿Eres tú, cariño?

El halcón se lanzó en picado frente a mí. Cuando estuvo posado, se acercó dando pequeños pasos con sus patas. Saltó a mi hombro y con su pico curvado acarició las lágrimas que resbalaban por mi mejilla.

—¿Cuándo te he fallado yo, Chispita? —escuché perfectamente la voz humana de Félix.

Acaricié su cabeza con mi rostro. Él cerró sus ojos.

—Pensé que habías muerto. Te vi en llamas. Y después...

después todo se nubló. Escuché tus gritos —titubeé—... Luego todos celebraban la victoria. Y no recuerdo mucho más. Creo que caí en un profundo sueño y al despertar me encontré en tus Tierras de Papavaraceae. Pero ya no estabas tú, ni ellos. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde entonces.

El halcón alzó el vuelo y se posó en la rama de un árbol cercano.

—Lo desconozco.

El ave se giró dándome la espalda.

—¿Y dónde has estado? ¿Cómo lograste sobrevivir? ¿Cómo sanaron tus heridas? —pregunté sin dejar espacio entre las palabras.

—¡No lo sé! —contestó con enfado Félix, mientras con su rostro de halcón me lanzaba una mirada depredadora.

Tal vez notó el dolor que brotó en aquel momento en el centro de mi pecho, porque descendió desde la rama y volvió a posarse sobre mi hombro.

—Lo último que recuerdo es ese dron de fuego dirigiéndose hacia ti. Yo me lancé hacia él y lo hice volando tan alto como pude. Todo ardía a mi alrededor, y también prendió mi cuerpo. El dolor era insoportable, pero debía alejar el fuego de ti. Y luego lo vi. La luz que tú desprendías subió hacia mí e hizo que una fuerza blanca fulminara a todos nuestros enemigos.

—Y ¿después? —insistí.

Mi cuello se tensó. Las garras del halcón se habían clavado

levemente sobre mi hombro.

—No recuerdo nada más —contestó—. Lo siguiente que vi fueron las Tierras de Papavaraceae. Praderas verdes con amapolas rojas. Como en mi sueño. Pero ya no estabais.

—¿Cómo me has encontrado? —proseguí con mi interrogatorio, tratando de poner orden entre tanta confusión.

Al parecer, él tampoco podía ayudar a conseguirlo.

—No lo sé —bajó su voz en mi mente. Casi no le oía bajo sus gritos de ave que resonaban en mis oídos—. Solo sé que debía encontrarte. No tengo ni idea si llevo buscándote días o años. Para mí ha sido una eternidad, volando solo por estas montañas.

Tragué saliva. Eran demasiados sinsentidos para asimilar. No hacía mucho tiempo, o eso creía, era una anciana que lloraba junto a su marido, que agonizaba tirado en la acera, en una madrugada de un barrio sin esperanzas, en un mundo de hierro y hormigón, sin más vida que unos seres humanos enfermos. Era la anciana que gritaba dentro de una ambulancia, porque pensaba que su marido llegaría sin vida al hospital. Una anciana que había encontrado después una piedra gris con un nombre grabado en oro. La misma piedra que le había devuelto su esencia, su magia y su juventud, convirtiéndola en la animaga Clidna. Yo, una animaga. Yo era Clidna, la que había citado de nuevo a la vida a los tótems animales, vegetales y minerales de un grupo de rebeldes para luchar contra la Casta. Los había liderado mi marido, a quien yo había transformado en un halcón. Y lo más increíble de

todo era que habíamos ganado.

—Solo ganamos una batalla —pareció leer mi mente Félix—, pero fue una gran batalla —añadió recordándome lo orgulloso que había sido siempre.

Incliné mi cabeza hacia la del halcón, y él la frotó contra mí.

—Te volveré a tu estado humano —le dije intentando fingir seguridad.

A él no podía engañarle. Pero Félix también intentó fingir que creía en mis palabras.

—¿Sabes de lo que tengo más ganas? De volver a darte un azote en el trasero.

Y nuestras carcajadas se oyeron a lo largo de todo el bosque que nos estaba protegiendo.

# Acerca de la autora



Isabel González Yagüe nació en Madrid en 1982. Creció escuchando los maravillosos cuentos que inventaba su madre para ella y sus hermanos. Tan pronto como aprendió a escribir, empezó a plasmar sus propias historias en papel.

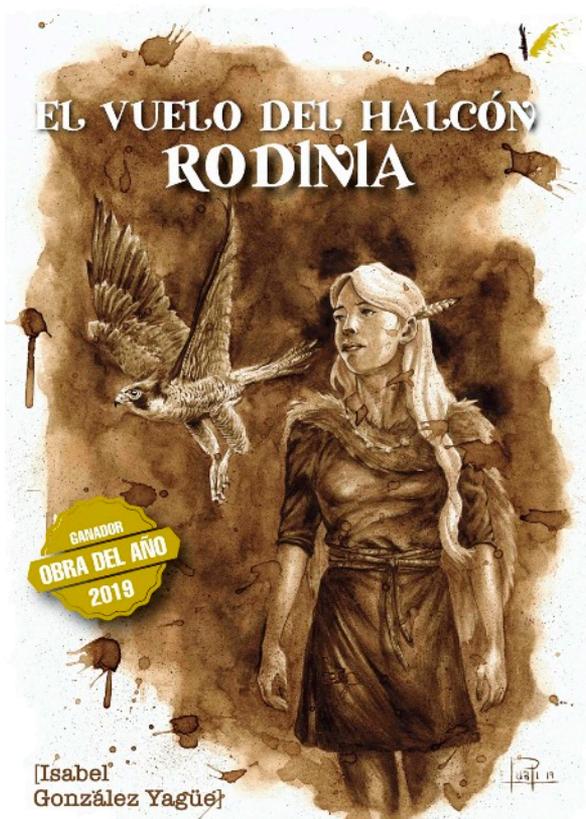
Ingeniera de profesión, en 2013 publicó su primer libro, *La sonrisa de Tango*, con el que cosechó un gran éxito en redes sociales.

Desde entonces se formó y especializó en novela fantástica, publicando en 2019 *El vuelo del halcón. Rodinia*, la primera novela de la saga El vuelo del halcón, que recibió el Premio Obra del Año 2019 del Grupo Editorial Angels Fortune, así como el elogio de la crítica y de miles de lectores.

Además de escribir, le encanta disfrutar la vida junto a su familia, leer y correr en la naturaleza... con frecuencia, bajo el vuelo de los halcones.

# El vuelo del Halcón. Rodinia

*El inicio de la Saga*



# Otras obras de la autora

